

860-1(866) Prin

V4196

TURO PEÑA,

LIBRO DE ESTAMPAS, pa

to Biblioteca

10 1/33 W 1990 MOMACION EDITORIAL

0002024-J



Prólogo de CARLOS DOUSDEBES

> Carátula e ilustraciones: Maderas de LEONARDO TEJADA Z.



Del Autor:

"ORO INCIENSO Y MIRRA"—Poesías. 1932.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Ç



PROLOGO

"LIBRO DE ESTAMPAS"



Arturo Peña nos presenta un bello libro, un "Libro de Estampas" como ha llamado él a su obra-Sus poemas son basados en temas absolutamente ecuatorianos: los Andes. los páramos, las sierras. Me ha dado por eso una satisfacción enorme solicitándome unas pocas palabras preliminares que son de rotundo elogio a su afición literaria tan bien aplicada a nuestros incomparables motivos nacionales. Por otra parte yo no soy un crítico. Mi espíritu se difunde en nuestros paisajes. Y así, igualmente, se ha difundido en los poemas de este bello "Libro de Estampas".

He hecho una deliciosa excursión por nuestros cerros levendo sus versos descriptivos de nuestra natu-Y creo que raleza andina. a ésto debe aspirar nuestra poesía: a llevar nuestro espíritu en el delicioso vaivén de las palabras, por los lugares a donde los ojos no han llegado. Con ello hará un bien inmenso, porque dará a conocer bellamente la armonía infinita de los nevados y los riscos a quien tenga un libro en sus manos.

Deberíamos tener grabados los Andes en el alma, con toda su imponencia, con toda su extraordinaria maravilla. La soledad que es la más perfecta de las compañías, vive en los Andes ecuatorianos. Le acompaña a uno incesantemente.

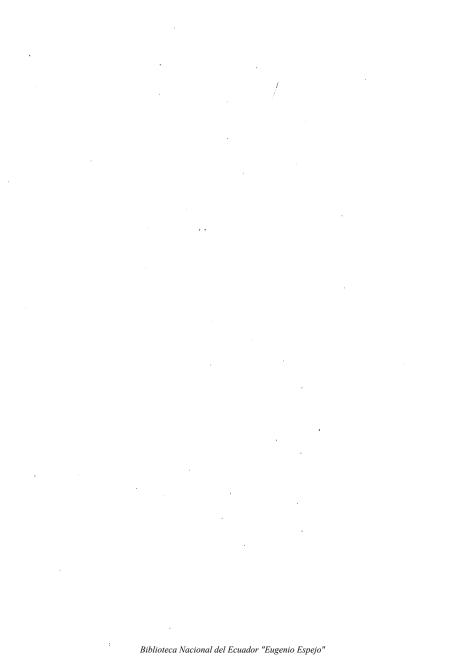
Sólo allí se puede tener idea de lo que es la sole-dad perfecta, cuya sensación no se obtiene ni dentro del círculo del horizonte, en que le encierra a uno el altamar. En las cumbres de los Andes, en cambio, el silencio infinito

de la soledad es perfecto, así como es la sensación recogimiento interior que inunda el espíritu más allá de los páramos, cuando después de haber sentido el delirio incomparable de la altura, el corazón se tranquiliza v los ojos se abren ávidos de horizontes. Todo esto encontramos en el libro de Arturo Peña. Y una vez en la cumbre de sus poemas, está la visión total de la sierra, de los campos iluminados por el sol, de los pueblos interandinos, llenos de ponchos polícromos.

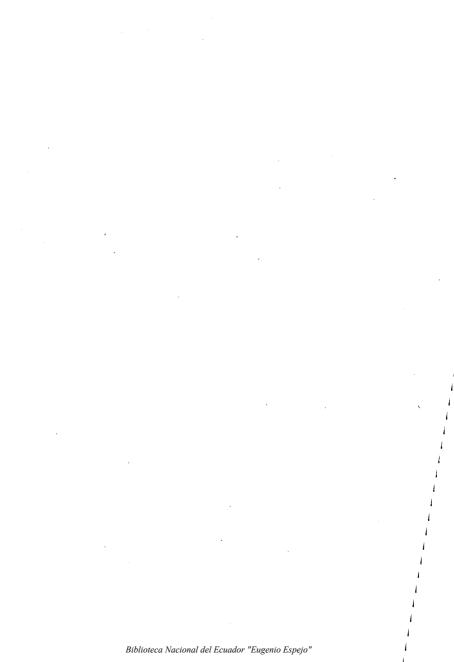
Mil gracias a Arturo Peña por este plano lírico que ha dibujado de las bellezas de nuestra tierra ecuatoriana.

CARLOS DOUSDEBES.











ESTAMPA DE LOS ANDES

Estampa de los Andes: nieve y piedra....

Páramos hirsutos y viejos riscos

con pena entre las moles—como hiedra—

y vuelos de los cóndores ariscos.

Siluetas, recortadas, de montañas donde sueñan los hielos con ser agua; olas de pajonal, y en las entrañas del subsuelo, el aliento de una fragua.... Estampa de los Andes: nieve y piedra.... Soledades agrestes donde medra un sol que al alumbrar tiene pereza;

dunas azules....arenal que plagia Saharas enfriados de tristeza y eriales entumidos de nostalgia....

EL PICHINCHA

Alza altivo su grandeza de gigante serraniego, el Pichincha, con sus rocas majestuosamente inertes; y acalmados los furores de su irritación de fuego, tiene toda la apariencia bondadosa de los fuertes.

Con su clámide de grama que se pierde en los pedriscos, que en la cima se amontonan, enjoyándose con nieves; con las altas magnitudes de sus peñascales riscos, y sus cóndores egregios, y sus pumas tan aleves; el Pichincha es centinela que, al otear desde la altura, lanza sus picachos blancos al azur del Infinito, y que exorna el horizonte de la España en miñiatura que, en la América latina, se le da el nombre de Quito.

Es coloso en cuya entraña la fermentación volcánica bulle fierra, y aunque finja ya apagada su potencia, es la válbula cerrada de una compresión vesánica, y una vértebra de piedra de fantástica apariencia.

Una vértebra es tan sólo, pero si de las más grandes del flamígero espinazo que atraviesa el Nuevo Mundo. Es el rey más poderoso, de la raza de los Andes, de pellejo enmarañado y de seño sin segundo. Atalaya inespugnable de la tierra ecuatoriana, que se empina con sus moles—catalépticos vestiglos—a dar besos con su cráter a la Inmensidad hiliana.... Es un gladiador potente en la arena de los Siglos.

BLANCURA DE LAS NIEVES

Blancura de las nieves: una nostalgia blanca que sobre las montañas se ha vuelto toda hielo; saudad que añora al agua que viaja o que se estanca, quebrando entre sus ondas la faz azul del cielo.

Ensueños blanquecinos de gotas que la nube robó a los manantiales y los cuajó en las cumbres; plegarias—albas de agua—que, hecha hálitos, se sube al sol, en espirales de rayos, y de lumbres.

Blancura de las nieves, blancura que se airea entre los peñascales en donde se blanquea la lluvia congelada con un frío de inercias;

y que es en las viriles testas de los volcanes, las mismas tempestades durmiendo catalépsias allí, donde los juegos empotran sus desmanes.

ESTAMPA DEL INVIERNO

Estampa del invierno: cielo plomo que en vellones de cúmulos se arruga; nubes bajas andando por el lomo de los cerros, y un sol que no madruga.

Son de aguaje: aguacero que, hecho ríos, trae vida a la tierra en que se pierde; savia ubérrima entre los sembradíos y sobre el campo una frescura verde. Estampa del invierno: tardes rojas que en los árboles amarran su cansancio, tiñiendo de crepúsculo las hojas,

mientras baja la noche a las sabanas, entre una ausencia auténtica de estrellas y el croar impertinente de las ranas.

LA TEMPESTAD

De súbito se cubre de brumas el paisaje....

Eolo en su iracundia brama unos gritos grandes
y azota con el aire de su fuete salvaje
las crestas de los Andes.

Cabalgan en los potros de un inaudito viento los cúmulos, fantasmas preñados de la lluvia, que ensombran el prodigio azul del firmamento y rugen, fieramente, como pantera nubia.

Los truenos estentóreos al reventar blasfeman lanzando las corrientes de rayos cabalistas, que rompen la negrura, donde circuitos queman, y esquician el dibujo de sus formas cubistas.

La tempestad desgalga,
al fin, el aguacero
en las esbeltas cimas que la montaña labra....
Se escalofría el páramo....
Y en el espacio entero
la sinfonía andina tiene algo de macabra.

ESTAMPA DE LA SIERRA

Estampa de la sierra....Una estampa de luz de sol cayendo en los sembrados; de la verdura fresca de la pampa y la alta magnitud de los collados.

De los rebaños mansos, y pastores sesteando entre las sombras de las bardas; de las vacas que no tienen amores con los bueyes, los de tristezas pardas. Estampa de la sierra....Una estampa del paisaje donde la paz acampa en la humilde pobreza del bohío;

del páramo que sube a los nevados, donde el hielo es blancura que hace frío y los riscos gigantes encantados.

ALBA SERRANA

Se despierta el paisaje somnoliento.... Despereza sus tallos la floresta, y surge, en medio de la paz, al viento, el canto de las aves en orquesta.

Tiemblan las hojas que ha enjoyado el alba, y extienden por el campo, a ras de tierra, su olor a trébol, a tomillo, a malva, las brisas que madrugan en la sierra. Mugen las reses, el rebaño bala
—se estremecen redil y talanquera—
y mientras la neblina que resbala

al soto, se desgalga por la loma, el cielo aún gris, de blanco estigmatiza un vuelo, alborotado, de palomas.

EN LA MADRUGADA

Es la madrugada.

Senderos estrechos se bañan con oro de sol opulento, mientras va llevando, para los barbechos, las yuntas, el indio, con un paso lento.

Un perro que tiene unas manchas negras, camina olfateando su rastro en la hierba; y una india que peina crenchas pelinegras, pone en el sendero humildad de sierva. Los bueyes caminan, caminan rumiando, y arrastran del yugo la reja pesada; y el indio que sigue atrás, caminando, hilvana su vida sobre la llamada.

ESTAMPA INDIGENA

Estampa indígena, la estampa ingenua, del bohío en el páramo serrano, donde las horas tienen son de pena, y el indio es un dolor que es ser humano.

La de la amarga realidad que llora, con voz de yaraví, saudad arcaica.... La de la raza que, de vieja, ignora que tiene sangre altiva, sangre incaica. Estampa indígena, la estampa ingenua, de la vida con músicas de quena y humildes actitudes y pobrezas;

la del esfuerzo del trabajo agrario, que da el pan amasado con tristezas por hombres de pasado legendario.

LA INDIA

I

Ruda, en los ritos del amor felina, su tálamo es la tierra que le palpa las formas ópimas, de mujer andina, nutridas con la sangre de Atahualpa.

Ella deja que el páramo le tueste, la faz indiana, ungida de tristeza; tiene la bella arrogancia agreste, y heredó de los Shyris su nobleza. Es estatua de la raza, en la que estalla la vida ubérrima, hecha forma humana, y la dulzura grave de la Palla....

Y bajo el bronce de su carne que hinca el sol a diario, sobre la alta sierra, guarda en su entraña la altivez del Inca.

II

Ella no sabe de su raza noble, ni la historia de ritos y de justas; ni siente que en su cuerpo—carne noble corre la sangre que corrió en las ñustas.

Al dar el seno a su hijo—flor de campo—hijo que, buena madre, ve tan suyo, cría un esclavo más del hombre blanco, sin añoranzas del Taguantinsuyo.

Ella no sabe que él que va en la hamaca de sus brazos indios, en otro tiempo huhiese sido, quizá, un curaca....

Y le amamanta....Y su ignorancia doble le da en la leche olvidos de linaje....
Ella no sabe de su raza noble!

EL INDIO

Bajo el cono de paja, de una chozita parda, que muestra lo grotesco de la pared de tapia, sentado está en el tosco jergón de vieja albarda, un indio que revela su autóctona prosapia.

Tiene la tez bruñida por el sol de los Andes, emergen sus cabellos una brillantez negra; sus ojos asombrados son oscuros y grandes, y una tristeza esquiva su personaje integra. Mientras la tarde muere sobre la agreste cumbre, se mira por la puerta de su casita pobre, los leños que encendidos le dan calor y lumbre, poniendo en sus rincones un resplandor de cobre.

Y el indio, ante el esfume de la tarde sombría, siente reminicencias de su linaje bravo y hace de su nostalgia un son de melodía que llora la tragedia de su vida de esclavo....

Y el rondador modula un gran suspiro incaico, que suena con tristeza profunda en el ramaje.... Hay un sabor amargo en su vibrar arcaico, y un no sé qué de angustia autóctona y salvaje. Sus ayes se dilatan por la llanada oscura, los ecos repercuten allá, en la lontananza, como una voz nativa que dice una dulzura; y mientras las estrellas se asoman, titilando, por un claro de nubes, el indio aún modula la música que sigue su esclavitud llorando.

ESTAMPA DE VERANO

Oro y azul....Estampa de verano: sed en los pastos....Sed en la pradera y en la amarilla insolación del llano, que de nostalgias de agua reverbera.

Sed en las hojas del oquedal soleado, fiebre en los filamentos del estambre; sed en el gesto seco del collado y en el enredo oculto del raigambre.

Oro y azul....Estampa de verano: Sed en los campos....Una sed agraria, que se retuesta bajo el cielo hiliano....

Sed en los tristes cauces invierneros, que sienten en las piedras calentura, y sed en la vejez de los senderos.

VIENTOS·····

Sacude su locura, sobre los verticilos, el viento con potencias de músculos felinos, y agita polvaredas que trepan por los hilos del sol, que es un incendio de arena, en los caminos.

Mancha de un tinte plomo, de un plomo algo borroso, los campos que amarillan entre tanto bochorno, y tiende por el aire su manto borrascoso, que es como una gran cauda sobre el ambiente de horno. El viento escribe notas en las enormes pautas del valle serraniego, y entona con sus flautas la serenata agreste, que vibra como en quenas;

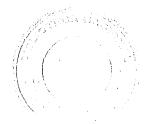
y es un alocamiento vuelto danza salvaje, un arrastrarse de hojas, que van llorando penas, y un tul de opacamiento que tiembla en el paisaje.

ESTAMPA PUEBLERINA

Estampa pueblerina, la del campo de verdura perenne en el collado, donde pone, con un color de lampo, sus casitas humildes el poblado.

La de las mozas de la faz de almendra, luciendo sus turgencias en la feria; la de la ingenua sencillez que engendra un hijo de humildad en la miseria. Estampa pueblerina, la del campo donde duerme su sueño, sueño de ampo, la aldea entre la falda serraniega;

la que tiene silencio en las callejas, y en la calma de su vida solariega la imprecisa emoción de unas consejas.





LA ALDEA

Entre las lomas donde el pasto verdeguea, ungida por la calma de todas las rutinas, es un florecimiento de sencillez la aldea ebria de las fragancias de brisas campesinas.

El sol la baña en oro, desde cielos azules, en las mañanas limpias, que doran las barrancas; y en la hora del ocaso, de resplandores gules, la noche pinta sombras en sus casucas blancas. La paz vive en sus calles, a las que da la hierba aladas esmeraldas que, cuando agosto enerva, siente la agotadora llegada del verano;

y en la vetusta plaza, que enmarca cenicienta enormes soledades, tiene un aíre cristiano la iglesia polvorienta.

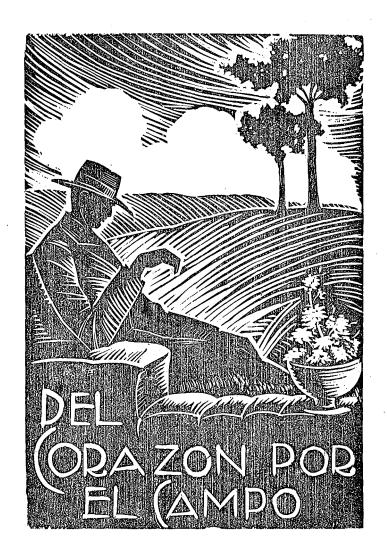
SOL DE CAMPO

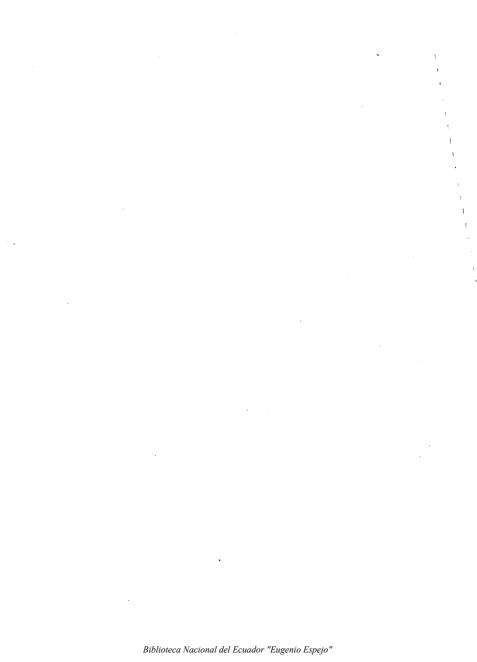
Sol a plomo cayendo en el barranco, en el soto, la loma y las praderas; sol que sabe hacer buen sol, sol de campo, oro puro durmiéndose en las eras.

Oro en polvo de luz, sobre las ramas y en las hojas afiebradas del boscaje; oro incendiando el oro en las retamas; oro en el alma verde del paisaje. Oro en las ondas de agua, en romería, por la azulada senda de la arena; oro viajante, sol de medio día....

Sol a plomo cayendo en el barranco, en el soto, la loma y las praderas; sol que sabe hacer buen sol, sol de campo....









ABRE

Si el amor golpea
a tus puertas abre,
bien puede que sea
el mago que labre
tu felicidad.
Si el amor te llama, anda, enamorada,
y sé, siempre, pronta a oír su llamada;
no demores mucho en abrir las puertas,
si tardas, verás
que cuando las abras estarán desiertas....
El amor golpea y pasa no más....

HOY HE DE SER CAMPESTRE

Hoy he de ser campestre, buena aldeana, he de ser como todos los vecinos de tu heredad humilde, tan serrana, como son estos pobres campesinos.

He de hablarte del campo y los senderos.... Del tiempo en que comienzan las aradas, del agua que se riega en los potreros, de rediles, corrales y manadas. Hoy he de ser campestre....Mis amores serán como es el sol en los alcores, como es la misma vida de estos campos,

serán como las brisas olorosas....

Y enflorarán nuestros cariños blancos, como florecen de por sí las rosas.

LA MOZA CAMPESINA

Humildemente ingenua, la moza campesina, fué como el agua clara, llena de transparencias....
Tenía el alma blanca camo la nieve andina y plenas de durezas sus núbiles turgencias.

Habían florecido dieciocho primaveras sobre los días de esta tranquila cenicienta, y en su carne tostada, bajo el sol de las eras, borbotaba la vida con frescura opulenta.

Las pupilas tenía del color del ramaje, que tatuaba sus ojos, de mirada serena, y era franca, igualmente que el campestre paisaje en él que ella crecía, como rosa morena. Por ser hija del campo de los Andes, sabía de todas las faenas del trabajar agrario, y para la tristeza de sus horas tenía una devoción santa: La Virgen del Rosario.

Bastaba para que haya la luz de la alegría en el cielo impreciso de su espíritu huraño, que las cosas no salgan de su monotonía, sucediendo los hechos como ayer, como antaño!....

Que al romper el capullo de la aurora las reses a otro sitio transhumen, que en el prado haya alarde de retoño, y que vuelvan, al tocar de las preces, al redil las ovejas, cuando caiga la tarde;

que el sembrado fecunde con las lluvias, y crezca el portento del oro de los rubios trigales; que en el huerto la rosa de Castilla florezca, y el arroyo no merme sus traviesos cristales.

E ignorante de todo palpitar ciudadano, y con su alma insensible a la angustia de ser, diluía su vida bajo un sol cotidiano, que tostaba sus carnes de trigueña mujer.

Y, así, sencillamente, la moza campesina, fue como el agua clara...Tuvo alma cristalina.

AMOR DE AYER

Amor de ayer, amor que llenó pleno, el corazón de sencillez aldeana; amor que hundía su raigambre, bueno en la paz de la tierra comarcana,

Amor ingenuo que se abrió en el campo al ensueño de la ilusión florida; amor que supo ser capullo blanco en la negrura triste de mi vida. Amor de ayer, amor que fue todo eso que son hoy mis nostalgias, que fue beso en los labios de una mujer morena.

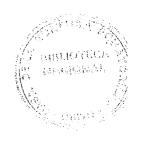
Amor que tuvo honduras cristalinas
—cual las aguas que viajan por la arena—
y las dulces caricias campesinas.

LA DEJE EN EL CAMINO

La dejé en el camino
en que todo se olvida....
Fue el destino?
La vida
quizás....?
La dejé en el camino
para siempre jamás!
....Y me fuí en la corriente
del vivir en que vivo,
derrepente,
sin motivo....

Desde entonces
ha muerto,
sólo tocan los bronces
del recuerdo, y desierto
se tornó mi sendero,
nada supe—ya más—
de su amor cristalino....

La dejé en el camino, para siempre jamás!



RECUERDAS?

Recuerdas, muchachita? Era en los meses de la siega aquella que dió buen trigo; cuando doraban el alcor las mieses, y tu comías pán de amor conmigo.

Cuando en las eras rubias retosaban los cantos de los viejos segadores; cuando entre las gavillas nos miraban las bandadas de pájaros cantores. Recuerdas, muchachita? Tú eras mía.... En el dorso de la alta serranía temblaron nuestras citas, como helechos,

y la paz de los campos, la infinita paz que se tiende al sol en los barbechos, vió nuestro amor....Recuerdas, muchachita?

DEJAME QUE VAYA

Déjame que vaya con la caravana de los sueños míos, que no has de entender; yo busco a quién tenga de mi alma, alma hermana, y tú no la tienes, que vamos a hacer!

Déjame que vaya solo; mi camino tiene esa tristeza que tanto te alarma; déjame que vaya, ese es mi destino....
Déjame que cumpla la ley de mi Karma.

A tí te fascina, muchacha, la Maya que engaña traidora...Déjame que vaya solo por la Senda, porque si tú vas

te será la vida fastidiosa y trunca los afanes míos sin entender nunca, y siendo ya tarde para echarse atrás.

SUEÑO COLOR DE CAMPO

Sueño color de campo, sueño verde, porque ese color tiene la esperanza.... Sueño que es la semilla que se pierde en úno, como en tierra de labranza.

Sueño de amor campestre que hace brecha dentro del corazón que fue mendigo a la comarca, y tuvo su cosecha de gavillas de besos, como trigo. Sueño color de campo, sueño verde, que al esfumarse, su recuerdo muerde donde las penas levantaron parvas.

Sueño que tiene la dulce calma de los valles, y al irse con sus garbas, como eras de tristeza deja el alma.

SE BLANCA

Has de tu vida un campo de lirios blanquecinos: sé blanca como el ampo,

y ve por los caminos desparramando tanta dulzura sensitiva, que florezcan rosales donde pose tu planta, y tu recuerdo, siempre, como una rosa viva. Sé blanca
en el amor
—cual la pureza suma—
y sé como la flor
que, aún a aquel que le arranca
de su tallo, perfuma.

Sé blanca: las alburas de las eucaristías pón en tus besos; puras deben ser las caricias de tus manitas pías.

Sé blanca como un rayo de luna en los caminos... Has de tu vida un campo de lirios blanquecinos.

MI TRISTEZA

Mi tristeza es hoy como la sierra....
Tiene sus lomas de dolor, y punas
heladas de nostalgia....Tierra
de unas grandes soledades, de unas....

Es una pampa de linderos vastos, en donde pacen los minutos lerdos; es la pradera donde están los pastos que come la manada de recuerdos. Tiene oquedales donde tejen sombra amores que, de viejos, ni se nombra y duermen en las trojes del secreto.

Es el mismo paisaje hecho armonía.... Es el campo llorando en el soneto, y mi alma hecha alma de melancolía....

EN LA ESTANCIA

Al caer de esta tarde de violetas reflejos, y a la luz imprecisa del crepúsculo lila, he llorado saudades de los tiempos ya viejos, ante aquel abandono que a tu estancia mutila.

Escuchando las quejas, como tenues murmuros, que las brisas fingían en la fronda marchita, evoqué los instantes que ampararon sus muros, con las sombras oblícuas, en las tardes de cita. Cuántos sueños pasaron, cual visiones macabras, desfilando silentes; recordé juramentos de mentidas palabras....
Oh! amor de quince años, cómo engañas y mientes.

Arrimado a las tapias, hoy he visto, roido, el portón anchuroso ya no estar en sus gonces; y el jardín descuidado sólo dice de olvido, y las flores no tienen el perfume de entonces.

En las sendas se agrupan las hirsutas malezas. los rosales parecen meditar abrumados, y los sauces sollozan, sus agrestes tristezas, por el tiempo agobiados. He mirado los sitios que los dos recorrimos inebriados el alma con la dulce mentira que en un sueño de niños, en la vida diluimos, y que ayer fue una risa mientras sólo hoy suspira.

Todo tiene un aspecto de abandono sombrío: son los árboles secos, cual ancianos muy graves; y los años pusieron en tu estancia ya el frío de los nidos que dejan al marcharse las aves.

Se han abierto las grietas de musgosas marañas, en las blancas paredes que se alzaban altivas; en los viejos tumbados cuélganlas telarañas, y en el techo se enredan, en tropel, siemprevivas. Hoy es una casona como aquellas de duendes....

Tiene seca en el patio, ya tronchada, la palma.

Mujercita, qué pena! Tú ya bien me comprendes...

Qué pena al mirarla me ha nacido en el alma!

NO SIEMBRES CORAZON

No siembres corazón más; tu semilla de amor guarda, paciente; el suelo en que sembraste fue de arcilla y no fructificará allí tu simiente,

Espera que are el Tiempo el valle en donde podrás echar tu trigo....

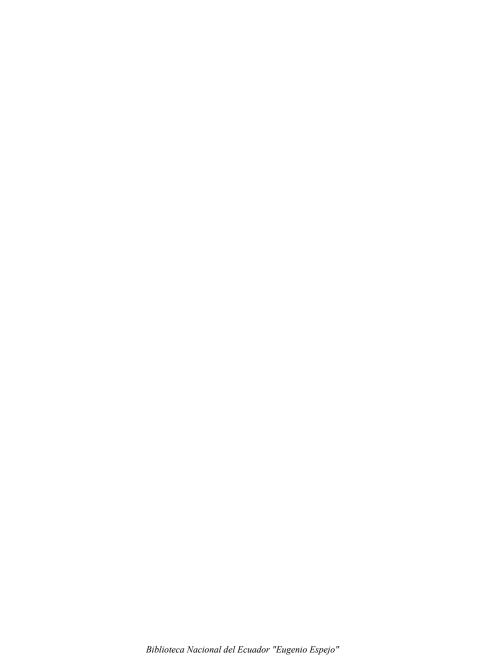
Quién sabe si el Mañana esconde un corazón amigo.

Sé paciente

y, así, dará cosecha tu semilla....

Hay un campo que espera tu simiente....

No siembres corazón más en la arcilla.









A LA CUENCA DE LOS ANDES

Salve ciudad hidalga de nuestra serranía, tan indo-americana, tan dulce, tan ibérica. Salve "Cuenca del Ande" donde florece el día, como en luminado jardín de suramérica.

Ungida por las hadas la gloria te corona, y tiendes tu hermosura gentil en su regazo. Entre tus ríos corre la fuente de Helicona, y en tus colinas alzas el Monte del Parnaso. En tí las flores tienen lujurias sin iguales, que pintan la tersura de sus pétalos gayos; crecen los capulices y entre los saucedales hay esa paz tan propia de tus campos azuayos.

Llegué-como cualquiera de tantos que a tí llegana las riberas verdes con las que Dios te viste, y las ensoñaciones que en tus horas navegan me dieron su limosna que es hoy nostalgia, triste...

He respirado el oro del sol de tus mañanas, tus brisas han hinchado de vida mis pulmones, y mis ojos ya, han ido por tus rutas serranas, como dos monjes buenos en peregrinaciones. Bajo el dintel del cielo fue mi alma como jamba, y en éxtasis fecundo se unió con tu paisaje, y fue mi fiebre, entonces, como si el Tomebamba corriera por mis venas, con ímpetuo salvaje....

Y vino el canto pleno de luz y de armonía, e hilvané estos versos, en mi mente quimérica.... Recíbelos Oh! Cuenca de nuestras serranías, tan indo americana, tan dulce, tan ibérica!

LO QUE DICEN LOS SONETOS

Las horas.

Entre un dulce florecer de quimeras, que hacen la vida un campo de azucenas, van pasando como, azules viajeras en el Tiempo, estas horas serenas.

Ellas ponen sensaciones austeras en el romanticismo hecho con penas; y mientras van huyendo, en las riberas del alma, siembran ilusiones buenas. Hay una santa placidez de claustro a su paso silencioso y rítmico, por esta embrujada ciudad del austro.

Y hasta el Instinto por su influjo es manso, como un corcel domado buenamente, y la vida pasa como un remanso....

LA MUJER CUENCANA

Es su alma, transparente, un sonetario lleno de suavidad y de realeza; su voz, cuando murmura, es un glosario cuya cadencia fascinante, reza.

Tiene su albo prestigio, legendario, la fragancia de "azul" delicadeza; su mirar bien pudiera ante el Sagrario ser lámpara que alumbre con pureza. Sus manitas, enfermos asfodelos, de una tersura petalar, galana, son conformadas para dar consuelos....

Y es ánfora de Fé jesucristiana, y un constante milagro de los cielos, la mujer de la Cuenca ecuatoriana.



DEBE SER EL AMOR....

En esta noble ciudad serraniega, tan egregia como plena de unciones, donde el río que corre canta y juega bajo el palio de los sauces llorones;

debe ser el amor tan blanco y bueno, tan florido de castas ilusiones, que los besos no han de tener veneno, y han de ser como santas comuniones. Debe ser tan hermoso, aquí, sentirse bajo el sol de unos ojos dulces, grandes.... Y soñar....Y soñando, así, adormirse....

Y dejarse llevar por unas manos....

Debe ser tan hermoso, aquí, quererse....

Y vivir como dos buenos cristianos.

YO FABRICARIA ...

Para abrirme al Silencio y estar solo, y emprender el Camino hacia el Nirvana; para en mis horas ir, de polo a polo, por las rutas de mi ilusión arcana.

Para dar riendas sueltas a esos troncos que halan el carruaje de mis ensueños; para acallar todos los gritos roncos de los deseos, y apagar sus leños; Para bajando, silente, al Abismo de mi Interior, tan profundo y secreto, hallar inmutable a DIOS en MI MISMO....

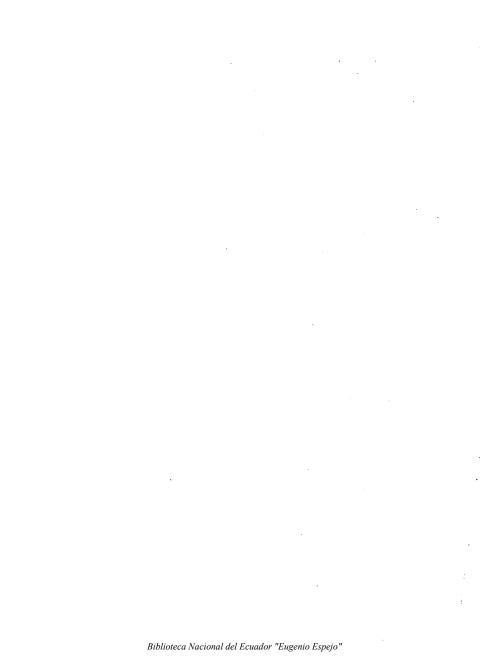
Para libertarme de la Maya, yo fabricaría un Templo Sagrado en estos campos de la tierra azuaya.

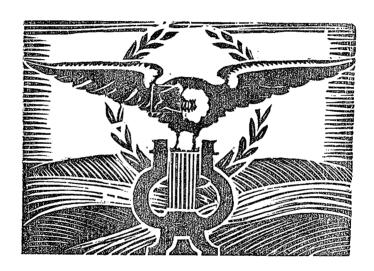
CIUDAD

Ciudad de los perfiles castellanos labrados en los mármoles cañares; tierra donde los aravéks cuencanos dicen en español hoy sus cantares.

Santa Ana de los Ríos, de esos ríos que, sin nada de audaces tergiversos, enredan en los sauces tan sombríos el rítmo de sus aguas, como versosos. Te has metido en el alma, tan adentro! Que es tu recuerdo lo que más encuentro al seguir, en ensueños, mis erranzas....

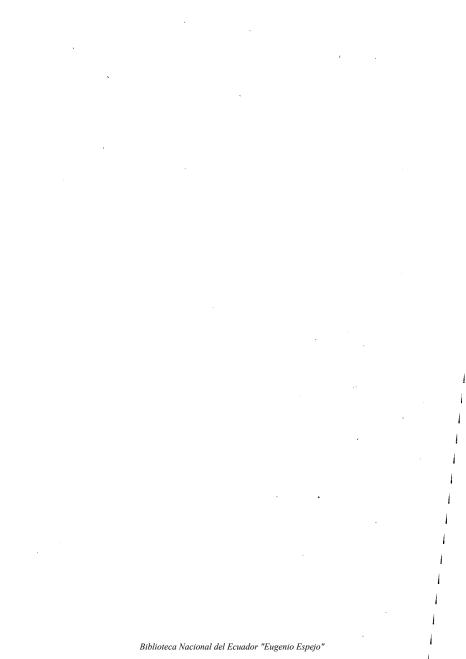
Y al evocarte, imploro a mi Destino, con plegarias, cargadas de esperanzas, que te ponga de nuevo en mi Camino.







A REMIGIO ROMERO Y CORDERO



Al kanñari que canta su Canto grande a Kito, con rítmos que resuenan en la Gloria que palpa; al que es el mismo Lasguay retando al Infinito, hoy le habla el hijo autóctono del suelo de Atagualpa,

y le dice: en mi Kito, que ayer fuera la cuna del gran Templo del Sol y el templo de la Luna; en él que vió en los Inkas un gesto altivo y brusco, y en venganza encelara a la ciudad del Kusko;

en él que vió nobleza de Rey en Guayna-Kapac,
—heredos de aquel Inka, divino, Manco-Kapac—
y se convulsionara sintiendo en sí el iris
del ojo de Atagualpa que era sangre de Shyris,

hay todo un gran cariño, que tiembla con helechos, en las entrañas, húmedas de vida, de los pechos, por el cantor que canta los "auténticos ritos con que se ciñen tiempo las frentes de los Kitos...."

Y en este Kito nuevo, que es España en América, donde palpita integra la dádiva ibérica; donde se ha aclimatado la gracia de Sevilla, y ha dado frutos ópimos la sangre de Castilla;

donde se ha transfundido, de la vieja Granada, el trágico atavismo de la tristeza mora, en la mujer serrana, que quema en la mirada de sus soles de duelo, los rayos de la aurora....

En este Kito, dice, de los templos de piedra y las casas gigantes, en el corazón medra de todos, una llama con fulgores de gemas a la que atiza el soplo que vibra en tus poemas....

Al que es árbol kanñari—según su decir propio ante el cual se besaron los salvajes de América, y que tiene en su savia, hecha sangre, un acopio hierático, que es luz en su mente quimérica, le canta el hijo auténtico del Pikchincha, coloso, y le dice: escúchame, kanñari melodioso,

Oh! árbol, tus raíces se han ido muy adentro....
y el alma del planeta ha salido a su encuentro
—pues, sentía en su costra una opresión de yugo—
y por tus venas sube como lírico jugo.

El Makchangra al lamerte hace sus ondas quedas, e inclínanse ante tí verdes capulicedas. Tu estirpe arbórea vive una vida sin mácula, y sus frutos nos saben a la fruta vernácula.

Oh! buen árbol kanñari, con gran ternura ibérica te amamos, cual te amaron tus bárbaros de América. Al sumo sacerdote que fue, en la isla de Helianta, el cazador de sueños profanos, con su liria, y el inventor de ritos, que le causaran tanta tristeza al Sol, celoso, con su amor a Helia Pyria, le canta el hijo auténtico del Pikchincha, coloso, y le dice: escúchame, kanñari melodioso,

Helia Pyria te amó, y entristeciendo a Helios, te besaba, en los ritos, cuando eran los perihelios; y sus manos aladas—flores morenas, beáticas se unían a las tuyas en "las danzas hieráticas...."

Mas, eso fue en el tiempo de las épicas justas, del raymi; de los aukis, de Koyas y de ñustas; de ondas y de lanzas y flechas con kurare.... pero pasó ese tiempo....pasó el tiempo, kanñari,

y al sumo sacerdote de Helianta, al Uillac-Uma en aravék tornado, al señor de la pluma omnisciente, hoy hay mozas, con dulzura de Palla, que le hicieran la ofrenda de su gracia que estalla... Al kanñari que canta su canto grande al Kito
—la joya de los Andes, dormida entre barrancos—
y cuya voz se exalta, con magnitud de grito,
ante el llegar de España, que vino en hombres blancos,
a nuestras tierras jóvenes, Las Indias de Occidente,
le dice el Kitu: escúcha, un día, derrepente,
por entre los vestiglos del virgen mar Atlante,
—piloto de sus sueños—llegó el gran Almirante,
y entre sus carabelas, a las que el mar, lamía,
llegó tu Canto, enorme, a su gran romería....

Y arribó a nuestras costas Don Miguel de Cervantes, para que en Castellano, tú, kanñari, nos cantes, y "el Cid, Don Juan Tenorio, Pelayo y Don Quijote", llegaron,—sin que el viaje tan largo les agote—para darte sus dones; y para que en tu ensueño te empines más que el Ande, trajo su Clavileño, el Caballero, enjuto, "de la triste figura..."

España te ha traído tu sublime locura!

Al que heredó las alas de pájaros simbólicos -que, en el Huacay-Ñan, dieran prole a tierras azuayas-las alas que a su espíritu le dan vuelos condóricos, pero tornasolados como las guacamayas, le canta el hijo auténtico del Pikchincha, coloso, y le dice, escúchame, kanñari melodioso,

Tú que vuelas, sereno, sobre el sacro Parnaso, tomaste tu grandeza de albo Tchimboratzo, y como por ahí vaga la sombra de Bolívar, le cantaste con versos de lava que es almíbar,

Aprendiste a beberte luz azul de horizontes, y pasando, en tu vuelo, la altura de los montes, te ciernes donde esquicia su pirotecnia el rayo, para luego volverte a tu pensil azuayo.

Te subes hasta el Inti, y el Inti que se asombra, al ver al sacerdote de Helianta, hace sombra,....

У	tú	bates 1	las alas—	ese alamen	simbólico—
у	te	alejas,	solemne,	con un vue	lo condórico

Al kanñari que escribe sobre el Tiempo las pautas de su música lírica, y que la Gloria palpa, invocando las sombras de aravéks y de amautas, le canta el hijo autóctono del suelo de Atagualpa.

TIN





INDICE



ESTAMPAS	Páginas
Estampa de los Andes	21
El Pichincha	. 23
Blancura de las nieves	
Estampa del invierno	
La tempestad	30
Estampa de la sierra	
Alba serrana	
En la madrugada	
Estampa indígena	
La India	40
El Indio	43
Estampa de verano	
Vientos	. 48
Estampa pueblerina	
La aldea	. 52
Sol de campo	54

DEL CORAZON POR EL CAMPO	Páginas
Abre	63
Hoy he de ser campestre	64
La moza campesina	66
Amor de ayer	68
La dejé en el camino	70
Recuerdas?	72
Déjame que vaya	74
Sueño color de campo	76
Sé blanca	
Mi tristeza	80
En tu estancia	82
No siembres corazón	
HOMENAJE	
A la Cuenca de los Andes	95
Lo que dicen los sonetos. Las horas	98
La mujer cuencana	100
Debe ser el amor	102
Yo fabricaría	104
Ciudad	
A Remigio ROMERO y CORDERO	







Se acabó de imprimir en Quito el 26 de Marzo de 1934.